

LA MONTAÑA



EJERCICIO NRO. UNO

LA MONTAÑA





Elio Contreras
Tomás Fadel



Buenos Aires / 2014



Primera prueba de impresión: 2014

© Elio Contreras, Tomás Fadel, 2014

Impreso en Buenos Aires en Fadel and Fadel
Este libro está enteramente hecho a mano

No hice ningún depósito

Tipografía: Bodoni MT y Std.; Palatino Linotype
Id: f&f

Impresión: Láser Color

Hoja: Bookcell 80 grs

Tapa: Cromática 200 grs

Bueno, bien. Esto empezaría lejos y sin nadie, donde la cuestión pasa y ya no se identifica. Nadie la reconoce, y de repente es un ladrón que nos robó el poco tiempo que percibíamos y se encarnó en esta nueva existencia. Problemática. Nadie la puede manejar, y ¿qué es? Una mañana fría, un día nublado, unos ojos que parpadean y el paisaje intermitente con el negro que produce el interior del párpado, que sube y baja. *Bem-Vindo a Las Leñas.*

Los pasajeros en el colectivo amanecen, se desperezan y reciben un alfajor. La montaña, desde el filo de su borde es fuera de sí un cordón. Un triángulo existe en su tamaño. Uno se refleja anaranjado sobre la cascada celeste donde el sol atrae todo color; a un acercamiento, Dos, diminuto que engendra otro; a un alejamiento, Tres, infinito que es engendrado; y así constituye una sierra > Es fuera de sí un cordón > Así lo aclararon en la demostración de la atracción

y posterior ayuntamiento, posterior solapamiento, de las placas, que formaron, a lo largo de las eras, un cordón o cadena, también llamado cordillera, que vibra ...tsssstá... en un latigazo lento y eterno, que eyectó simples rocas de la llanura al lugar de cima. Una cima domada por una ruta. Y el colectivo se desliza las Cumbres, en el proceso de desmoronamiento elegidas; y así cada punta fue una onda, que arrastrara en sí una montaña, según determinó el geólogo, con la ayuda del monje y su imaginación, del filólogo y su fe. Y que arrastran en sí por lógica un cordón. En un momento primero, él, trasnochado, divisará todo esto como una larga hilera de separaciones abruptas y reencuentros caprichosos. Parpadea. Como el que tratando de tratar fuma y tira el humo, mira ir a sus partículas de sí y desgrana su cerebro en un juramento, ahí donde hubo contradicción y ahora hay certeza, y que luego devendrá (por el honor del cálculo, estima) a la larga en un nuevo juramento, remix del anterior y otras fisuras. Y aquel lo habrá preguntado. Y al principio sólo habrá sido palabras vacías. Hasta que en ese baldío helado, encima de la peña, sintió una pequeña aliteración en el aire, y por ella viajó un conocimiento nuevo, una nueva vía en la sucesión de patrones: miradas que hace eones giraron hacia sí mismas y generaron un espectro, una barrera de invisibilidad o camuflaje, y ahora se han extendido, repitiéndose indefinidamente y modificándose a sí mismas en el proceso,

virales, humanas, como un remolino, como la cadena de Andrómeda que salió de sus propios galácticos brazales rosas a extenderse sobre las pampas verdes de sus ideas y las hojas secas de sus cuerpos, en un acto de defensa, sólo con el fin de encontrar un hábitat para que las plagas de sus deformidades se siguieran extendiendo y llenando así de vida el ambiente. Un hormiguero de inexactitudes liderado por la evolución. Un colectivo lleno de pasajeros volverá vacío. Un medio brazo deforme mutará ala. Así como si la respuesta ambigua de la pitonisa lo hubiera interceptado, parpadeó y borró de su mente, todas esas toscas formas, como el que embolado abre un doc en pantalla completa, blanco todo, emulando un windows nuevo y sin problemas en un sistema sobrecargado. Pero. Sin embargo. Esa sensación adquirida, aquella primera vibración antes de ser multiplicada, siguió existiendo en lo más íntimo de sus párpados, allí donde se forman las lagañas, expandiéndose hasta lo más profundo de su pensamiento en cada parpadeo, como filtrándose por las retinas. Así y todo, sigue en pie, y si lo viéramos: casi nada le ha sucedido. Solamente se encuentra. Recién llegado. Desde esta perspectiva: nada más que un hombre contra la montaña, posiblemente la observa. No hay grandes movimientos a esta hora. Y en esa soledad falseada por un desierto que se expande bajo el calor de la siesta seca de mi entendimiento, en una de esas, brota una iguana de la imaginación, arrojada, inmóvil, a la

luz del astro de la siesta, que, sin considerarla, experimenta
una gran explosión en su propio lugar asignado,
y se magnifica.

En resumen, al amanecer, el objeto o cosa. La luz amansa la cumbre, ilumina la nieve tirando flamencos voladores por sobre las nubes anaranjadas, a las que atrás les crece, sobre la espalda, un cielo verde, azul, moteado arriba por otras nubes blancas ahora armónicamente distribuidas. Y mientras, todas las montañas se desmoronan, hacia el punto valletano que conformo con mis movimientos diminutos. Piedras grandes empujadas por la gravedad, piedras más chicas atraídas por la inercia de mi mente, y todo, que hubiese quedado más o menos así si no fuese por esa molestia en la surgente del cuello que recorre todo el cráneo pantanoso en este paisaje por momentos árido, y se extiende como un entramado que traza tramas trituradas entre mi elección, que pronto se diluye en ellas y se convierte en una Calle Pública cualquiera de Colonia las Rosas, sin ripio ni recuerdo especificado, pero en cuyas veredas entonces reptiles se asolearan, gustosos del barro mineral que es ese oasis que se desperdiga como una extensión del patio del Sócrates, que, mientras, duerme y sueña en un tambor adentro de un iphone. Ahí la iguana, tras un esfuerzo gestual inesperado, me dice, tranca, sin apuro, nah, yo voy pah la montaña, piedras calientes, las mejores ratas, fi-bro-sas. Y lo hizo. Del mismo modo en que esa

chica, balanceando su melena levemente lo miró y pareció decirle, aunque un futuro desencuentro lo desmintiera, nos vemos a las cuatro en lo Santilli, casi sin modificar el aire con ondas sonoras. Y entonces así fue y así pareció suceder, y aquel que dijo ser yo sonrió, prosiguiendo el fin de un camino incierto, y la iguana, con medias de barro seco, pareció escalar en la llanura. Y ella. Con vistas a ese pico, allá donde la temperatura es un templo de vientos vivos. Entonces se preguntara, ¿y si rige afuera de sí un cordón? Y al final resulta que esta repetición es el momento para el que hemos sido reunidos, ahí en donde el orden de la sustancia cede cansado ante la constancia robótica que lo asedia. Y es justamente uno, por eso aquí cantamos, oh! laureados de gloria al pie de la precordillera, desde dentro de un horno de barro acechado por caballos de nieve. Es justamente uno el que, varado, se encuentra en la ruta, con una bicicleta de madera, lenta e irrompible, incluso sus ruedas de madera, a punto de iniciar un viaje lo suficientemente corto como para abarcar toda su vida. No hay otra opción que recorrerlo por completo. Y cuando llegaste a la meta, ah! otra treta entre las tramas de la vía. En el medio, una cordillera, un camino, ha sido elegido: una pequeña luz siempre iluminó este sendero, a veces más longamente, es decir, con mayor visión para el recorrido y la especulación, a veces casi desapareciendo, mientras deja ver apenas el paso que damos entre lo que creemos

oscuridad. El punto ahora, resulta irrelevante. Y lo que creímos una ruta hecha, seleccionada para nosotros, y bella, frondosa, memorable, de alamedas parejas sobre todos los horizontes, no es más que un pedazo de senda vibrando en la oscuridad del inmenso olvido, y encima ilusorio, creado desde minúsculos ángulos que dimos a nuestro faro en la cima de nuestra conciencia, es decir, luz eyectada desde el proceso de desmoronamiento. Pero. ¿Es necesaria, qué hay en, toda esta perorata, más vulgar: palabrerío, más vulgar: chamuyo? Corriste demasiado rápido como para querer agarrarte a vos mismo (... hay un tiempo para X, hay un tiempo para Y...). Sólo pueden responderte: parece que se demostró que no. Y así se disuelve, pasivamente, funde a negro, aquel que de nuevo dijo ser yo en una afirmación seguida de otra, que a su vez aquel mismo creara, ¿o no? Ahí están ellos también de nuevo, como siempre, echados bajo la sombra del refugio de totora, donde entotoran sillas, para hombres en mula que vendrán a buscarlas, las regalarán a sus esposas o las venderán a los turistas amigos de sus amigos. Así estamos de nuevo también nosotros, en esa sensación tan conocida, manantial de pagodas, donde el sistema nos fagocita, y se esfuma en el paisaje, en un punto marrón casi quieto, el punto valletano que conforma cualquier cosa en este pozo, junto con ella, la repetición, que se hace charco y se desparrama sobre las cosas. Hombre hecho piedra. El valle límpido. Sin interrupción de

lenguaje. El viento que arde sobre los lomos de las cabras es viento que arde sobre los lomos de las cabras. El hombre piedra es sólo piedra. Todo parece lo que es. El filo de las montañas superpuestas tiró serpientes de oro por el cielo, rayos que chocaran contra el paredón y, ondulantes, se hubieran extraviado por el aire, hacia arriba, huyen de toda cárcel. Serpientes que nacieron del mismo contraste de ondas y agonizaron con el descenso del astro. Serpientes, y un ángulo de inflexión biolumínica que benefició a la cima fue creado. Serpientes y, estando iluminada sólo ella, la montaña, las cosas se movieron y lo que era el filo claro, cortante de una sierra se derritió en una curva vegetal y negra que pronto se fundiría con el cielo, el horizonte, el vacío, el aire y la tierra, para formar una sola capa oscura de desconocimiento que se extendiere por la eternidad de la noche. Y así, repitiéndose con pequeñas variaciones hasta acabar siendo otro, el atardecer atardeció una y otra vez sobre la montaña, entotorasen o no los entotoradores las sillas de totora. Volverá con o sin nuevas alimañas, con o sin insectos (el primer gran movimiento), con o sin arbustos que logren sobrevivir el invierno, con o sin ese viento blanco que se arremolina detrás del pico escarpado a la derecha y delante de otro monte, propulsado por la canaleta que forman las rocas en la ruta del aire. Y lo vamos a seguir llamando atardecer, por lo menos un tiempo más, hasta que otro espíritu nos engañe y se confunda como nosotros nos

confundimos ahora. Con o sin ese pequeño circo turístico en medio del valle que, más atrás, donde llega la ruta, de noche, se iluminará y lucirá sus bloques de concreto que sobre el mineral en tierra alzan torres inclinadas en sostén de las telesillas, que sin notarlo ostentan gloriosas el premio de las más altas del mundo, según Chega, y que son esas mismas que vigilan ahora a los pocos hombres que se desplazan sobre la nieve de edificio a edificio y, bajo la medianoche helada, observan las majestuosidades de su raza, sin saber que están siendo estudiados ellos también, cuando el viento blanco que baja devela las triangulares formaciones metálicas donde las telesillas dormitan.

También sucedería el vuelo de ese aguilucho (esperanza de cóndor en el porteño) mientras en aquel edificio un pelado desayuna té con leche y, exaltado, quiebra galletitas sobre la taza mientras narra lo que hace y alude a costumbres formadas por recuerdos, abuelos, primeras acepciones, métodos y preparados lácteos, y, más generalmente, desayunos. Sucedería también que mientras estas nubes invaden la roca y bajan al terreno, y el tiempo se humedece a medida que se enfría, en otro sitio cualquiera, esa masa borrosa se viera cortada, de tarde, por aquellos esquiadores más aventurados, diarios hace meses, o buscadores de un poco de buena nieve en estos días cálidos y propicios para la bebida fría (cerveza) en sociedad. Sucedería falso también el suceder de la respuesta de este koan. Y la pista, recubierta

de hielo trazado en líneas metálicas dejadas por la máquina, que anoche con luna llena trabajara en el cerro (una luz fuerte y zigzagueante desde cualquier ventana), ahora yace vagamente recubierta por un colchón de nieve fresca, recién hecha, madre de la absorción electromagnética del golpe e hija de los cañones azules que metódicamente descansan en los bordes de Minerva desde hace tres años, ofreciendo el servicio de sus astas tecnológicas a los deportistas más novatos. Y, entre ellos,

El esquiador.

Bajará del telesquí y sentirá la comodidad de la nieve nueva en su primer giro a la derecha, aún con los bastones en una mano que clavará en el suelo, y con un sólo guante puesto (el derecho, para fumar), y con las botas sueltas, que pronto se abrochará en una visita rápida al suelo, emulando el vuelo de la garza. Se enderezará, sintiéndose roble y recordándose bambú, y como recorriendo un ideograma dibujará la propia marca de su espíritu en el movimiento oblicuo de las piernas. Primer giro: slalom largo, giro a la izquierda, se clava bastón, dedo pulgar derecho presiona, la nieve recién hecha cede, y apenas se encuentra el esquí con el hielo de la noche anterior. Y la tabla derecha, líder de la inercia, traza sin problemas un semicírculo alrededor de la izquierda, completando el giro. Casi no hay descenso en el segundo giro: slalom corto. Abrumado por su amateurismo,

Esquiador levantará con la pierna a penas la tabla para cortar la velocidad del giro en slalom corto. Los cantos de los dos esquíes en paralelo se hunden en la espesura del suelo salpicando ripio blanco hacia abajo. Los músculos, desde la planta del pie y hasta el cuádriceps, haciendo juego con la cadera, ahí son más que una serie de palancas que entran en acción comunicada: una sube y otra baja, según el dictamen de la pendiente, con el foco en el descenso. Bajar. Para un esquiador no hay otro temor. *ehhh iuhhhahhhoo* es el producto efecto Doppler que manipula con gracia lo que pasa entre a) la voz que grita del que agita un brazo e insulta, porque lo llenaron de nieve de un tablazo cuando estaba indefenso, tirado al suelo, ajustandose una bota en medio de Cenidor, el paredón que une Venus con Caris, y b) la mente del esquiador que no puede escapar de su oído. Bajar. Para un esquiador no hay otro valor. Entonces, piensa. Se frena a observar la montaña, primero, desde lo bajo y hacia el cielo, contemplando el tipo de nieve y los obstáculos que la misma formó. Después, en el ascenso, como un alma pura y elevada que sobrevuela campos de maíz en primavera donde los pastores se aparean mientras las ovejas pastan, observa el suelo, la plataforma que luego será extensión suya, y obtendrá de sus datos resultado: un gran día de nieve polvo, sin viento, apoyado por el sol que rayos solares eyacula desde atrás de las montañas, ahora, a las nueve de la mañana, y calienta las piedras que yacen

pretéritas y lucen apuestas una fina capa de tejido blanco que los pequeños copos formaron la noche anterior y ahora, todavía congelados, antes de derretirse, conservan su forma intacta y tensa, como telas de arañas a punto de ser *rahxuñáahs* por el viento. Y una vez arriba, una tercera mirada, esta vez desde la cima hacia la pista que, oblicua, oculta de nuestros sentidos un objetivo final inolvidable para asegurar nuestra permanencia en el valle: la base de una nueva telesilla.

Todo esto hoy, cuando el punto valletano que conformo es en efecto valletano, es decir, porque estoy inmerso en este océano de piedras, de visita, con los pensamientos libres de tareas y el entendimiento que nunca tiene vacaciones, junto al que me dictara nuevos pasos para mejorar mi desliz sobre las gotas fracturadas hechas hielo. Estos elementos, pocos y simples, son todos los formantes de la ecuación que dará el producto: eso que querés que te pase. Y que por tanto nos pasa, cuando me dice que vayamos por la izquierda, del otro lado de Minerva, que, como enamorosé de Vulcano, se extiende sobre la ladera del cerro que baja su hombro zurdo y cae. Justo ahí, entre una pista rosa y una roja, se alza, indomable, el snowpark. Visto los días de más temporal muestra una simple modificación en la textura de la nieve, excepto por los cuatro saltos construidos para los expertos, es decir, los cuatro saltos más altos, que incluso bajo la fuerte nevada conservan su forma artificial dada

por ingenieros, pisteros y obreros hace ya varios años, pero vuelta a hacer en cada invierno, después de que la nieve se derritiera en el verano, y hubieran, por esa ladera ahora congelada, cabalgado falsos gauchos empilchados para el turismo brazuca, hecho trekking un grupo de señoras mayores, bajado rápido sobre ruedas algunos ciclistas jóvenes que aprendieron esa misma tarde mountain bike. Ahora, en cambio, que el temporal se desató hace ya dos días, todavía podemos ver esas cuatro formas que la mayoría de los primerizos consideran naturales, sin menores argumentos. Ya lo dijo el viejo Zuco en un idioma que no entendió: Natura naturans, natura naturata. Quién crea a quién. Encerrado en un eterno loop se lo sigue preguntando, sin importancia. Importan las modificaciones. Importa la variación. Importa el error. Importa la fractura de tu pierna como una posibilidad inacabada, más que tu real descontento sin sentidos ni nada que lo exprese. Si no encontrás las palabras para decirlo, entonces es falso. Todo lo que es está plasmado. El vacío, sí. Está ahí, del otro lado, y no hay cómo llegar a él. El infinito, sí. Se ve todo el tiempo y sin embargo sorprende. La quietud, sí. Es el movimiento que no se ve con los ojos. Y mientras, sobresale una salida en la maraña de insectos que criptan sobre el pensamiento: observo mi entorno, echado en un descanso sobre la nieve, con los gemelos duros, que pasan pronto del frío al calor y así su ácido láctico se concentra y ah...

dulce calambre para estar echado y sentir en el peso de mí mismo todo el trabajo y las quejas y las súplicas de una parte de mi cuerpo contra la otra. Una lucha que me deja sin más trabajo que sacarme los esquíes. Veo esos Blizzard que están contra la pendiente para que no se vayan. Veo las nubes, veo tres cimas, y me extiendo sobre el piso helado para mirar ese sitio donde rompen las montañas en el viento, y, mientras veo cómo nubes suavizan el sol que rebota contra este blanco espejado, de tanto en tanto... freestylers explotan en el cielo, cuando cruzan, con sus brazos prolijos agarrados a las tablas, el cielo en un 360 lleno de furia e inercia. Bajan primero y son un punto negro que se mueve rápido en el suelo inestable. Suben después, la curva de su columna también sube y el punto es la silueta de un hombre sobre la rampa: su masa que vibra por la inercia los despide hacia arriba, *szzzzshick*, es ruido de nieve casi silencioso, correlato del polvo de sí misma que dejó escapar en ese salto, llevado a cabo por el snowborder que crea este sentido. Sube primero, y se ve, desde este sitio paradisíaco, como arremolinado por el viento. Gira y se interpreta cómo cada movimiento está planeado por alguna parte de su mente mientras los músculos actúan y su ser entero, casi como una entidad abstracta, en una sonrisa interna oculta por un pañuelo de Bugs Bunny y un casco negro que gira en el fondo blanquiceleste, se despreza y goza el sentimiento de haber producido una situación que

lo produjera a él, egoísta, sí, pero que por extrañas razones sabe imprescindible para que todos los demás le copien y gocen, toda la humanidad gozando el placer de existir de tanto en tanto. Venenosa vanidad arrastrada al ventorral. Así fue, che, que fue el movimiento de aquel snowborder girando en el aire, agitado por los vientos blancos de arriba y de adentro, y se desarrolló para mí, y fue él, y ahora no es nada y no volverá a ser eso mismo nunca. Será otras cosas que lo hagan ser, pero su felicidad será parecida, y eso él siempre lo recuerda, como una zanahoria que colgando sobre un burro logra ser comida y digerida y reemplazada por un hálito de lo que era, para conformar otra cosa.

Todo esto son puntitos del punto más grande que se ve y que imagina el punto entero. La montaña. Y como de punto a punto, luego de el primer esquiador viene otro viene otro viene, y ahí está, él, el único esquiador ahora en el snowpark, como lo observara esa chica oculta bajo su traje impermeable. Pero en el salto, es otro hombre más en el ojo del huracán que se desenvuelve con frialdad sobre los otros, mostrándose magnánimo y completo, incluso en ese aparentemente sencillo 180 de calentamiento, pienso yo. Incluso ahí cuando puedo distinguir cada movimiento y pensar en la posibilidad de copiarlo y así yo también poder ser en otro contexto distinto de este en el que soy, en el que estoy siendo, deshecho de todo calambre. Es un hecho natural fácil y digno de ser creado, pone a prueba voluntad

y talento, y es de verdad, de repente, un deseo que crece y crece hasta apoderarse de todo el paisaje, confundido entre la envidia y la grandeza. Pero así, cuando entonces uno sea otro en el esquí, y me vea a mí mismo sonreír en el medio del aire, primero, seguramente despatarrado, como él lo hiciera aquella vez que quiso imitar mi Patada de la Luna en el trampolín grande del Club de Campo que ya no existe, habré sido menos de lo que él es ahora y él también será menos, ya no habrá un único esquiador en el snowpark, ni un único joven extranjero gozando del paisaje. Y sin embargo, inevitablemente, si por probabilidad así sucediera, entonces buscaríamos otros verbos y nuevamente nos sentiríamos en casa, tomando un submarino, en otro reposo, agotados de tanto movimiento.

Y también (otro punto) si bajo el cielo estrellado, contando con la luz naranja de la luna quemada por el sol, en esos días donde el borde de su nombre permanece: filo. Filo de la cima. Y observamos cómo la nieve, como el campo de Mark Tester, fluoresce, demostrando la suavidad de su nanoentramado, puro algodón. Y las rocas también bañadas por el reflejo insolado de la luna se presentan sólidas y frías, como el que portando un banderín de los Cardenales de San Luis se pone de pie en la taberna, firme, in præsentia, contemplando el paso de su equipo a las Ligas Menores, y abre la boca. Los detalles podrían o no verse: cortes en las rocas, desmoronamientos, inactividad del viento en el

paso de esa nube oriental que lo corta todo con su pereza, la luz de la máquina pisanieve, que existe ahora, existiese o no cuando pasó lo que pasó con ese muchacho también falso, que echaron de la fiesta, agitandolé: te robaste una campera!, y entonces su look era peor que antes, y mientras él le dio explicaciones a un policía privado de un pueblo privado situado en una montaña privada de un valle privado sobre cómo ocurrieron los hechos, y su moral fue juzgada por medio de su gorra roja que decía TUNISIA, así, mientras tanto, cuando él no se daba cuenta y se creía victorioso,
fue echado de la fiesta.

Y caminó todo el trayecto hasta su techo, un largo trecho al costado de la ruta o uno más corto bordeando el arroyo, mientras el cielo clareaba y otro en su misma habitación abría los ojos y se preparaba para un día de trabajo en el cerro, triste, por la lejana posibilidad de una nevada futura. Durmió todo el amanecer hasta que un hombre de camisa y pantalones de vestir, raro en este clima extremo, entró en su habitación sin llave y lo despertó de un sacudón: «Vos sos Tomás Contreras? Te tenés que ir. Ahora.» «Bueno», respondió, y siguió durmiendo. Lo que el oficial no sabría, en todo caso, es el resto de esta suma, todo un escenario atrás del corto «bueno». Un enredo de ramas, un jarillal endiablado que se hunde entre el sueño y el oficial, lo que él dice, y quién es él para hablarme así, y quién soy


yo para hablarme así, y quién es quién entonces, y desde ahí a su hermano, porque nosotros todos estamos en el mismo barro, si es que lo estamos, y lo estamos. Movidó el entero a un terreno barroso, tons móvil en su fuero interno pero al final estancado, ahí, chupando todo alrededor. Y pensé que yo, tons, que en verdad era un tipo de firmes convicciones, y que había hecho todo bien para llegar a estar ahí, esquiando, barato, perjudicando a quienes más se lo merecían, y sin perjudicar al inocente. Y pensé, tons, que yo en verdad no debería estar siendo molestado y que debería dormir tranquilo, y que en verdad también el negro debería estar durmiendo en la cama de al lado, despertandoté con la misma rubia que te durmieras y poniendo el agua para el mate. No me dejó ni siquiera decirseló. El oficial. Y nadie preguntó si lo dije o no pero yo sabía que no me lo había dicho más que a mí, o sea que no lo había dicho, y entonces ya no fue un pensamiento, era más bien como una voz que se extendía y crecía en forma de grito por todo el edificio por entonces dorado por la nieve. Y así como pareció ser, fue. Y en la habitación número doce, el Clito, impertérrito, sin franco pero sin trabajar, hundido en la enfermedad de su verdad simulada, aprobada por un médico, que sólo le dio bismuto de potasio. El Clito, fue él y no otro el que escuchó ese grito de ahogado. El Clito, con la atención del que llegando del campo a la ciudad por primera vez mira los carteles luminosos al costado de la autopista y, mientras

su cara cambia de colores con ellos, no tiene tiempo siquiera a preguntarse por lo que ve y lo modifica. Con esa voluntad imperándolo, se camufló para salir y lo despertó. Para fumar uno al costado de la cama, viendo cómo los del rental, envidiosos, nos miraban. Para fumar uno y que yo le contara de la vida de su hermano el Yamil. Para fumar uno, antes de que él se fuera a esquiar en su último día de estadía en el cerro, según la fecha en su pasaje de C A T A lo demostraba.

Bueno. Bien. Ha sido ya en todas sus formas. Ha sido fuera de sí un cordón. Lo ha sido dentro de sí. Lo ha sido en sí. Fue también Sujeto, fue Verbo, fue todo tipo de complementos y adjuntos. Determinó. Fue determinada. Recorrió el tiempo, y fue detenida en una lenta gravedad, observada y descripta en levitación. Habitó y habitaron en ella: un hombrecito que mira por la ventana bajo un alerón de tejas, una chinchilla se asolea en un corral; diez hormigas se multiplican, la china joven galopa sobre el chúcaro, un grupo de alpacas corteja con dos guanacos, un millón de piedras, cuatro chañares, ciento setenta quirquinchoh, doh jabaliseh... y cuatro cóndoreh. Así y todo: este diccionario es imposible. «Una colección. Es una colección.» Uno y cada uno de todos. Afirmó el empírico Dan en un grito, *iaaiííiija*, al pie del paredón de los japoneses, arrojando rocas al vacío en la montaña mental que se extendiera entre su junta

biológica gomosa y la meseta vertical de la geología. Y sobre todo, eso, el vacío. Sí. Y la pregunta dueña de producir el abismo se verá expandida de repente, como una sombra cuando atardece, algo así como un fenómeno repentino y que lo modifica todo, y que aún así, es previsible. Esta pregunta, ahora enfundada en el traje de aquel oficial de Portinari, cuando, frente a la cámara, esté presentándose al mismo tiempo que erra ese revés grosso modo y tira la paleta. «Andáaaa», lanzó su aparato fonador al mismo tiempo que en un lugar extraño entre el lenguaje y el pensamiento, un grupo de neuronas enloqueció frente a la presencia del Director y *crtrrrrack*, un pequeño brillo entre lo gris oscuro se despertó en el crujir de las dendritas que tronaron al unir sintaxis para la papelera de reciclaje: {[_T[_{sn}][_{sv}]]}?}. Impronounced. Y ya fuera del lenguaje divaga el pensamiento del guardia de frontera, imposible jugar así. 11-3, entra el oficial Casibar. Y aun así, el perdedor es de hielo, y por dentro el líquido caliente del cerebro muta, en busca de un vector que se identifique con el cambio producido en su semansis por la presencia de un lente grabando a una memoria y que no es humano.

Adobe de por medio, en la oscuridad de la bolsacama que yace dentro del refugio Portinari, en la cima de un cerro y la base de otro, otra luz ilumina un rostro que se cree dormido. Atrás, adelante, piña baja. Y el sombrero vuela por el aire entre los leds. Al lado, no pegado: bloqueo,

correr, bloqueo, correr, abajo. Y el filo de la circunferencia del sombrero divide en dos al oponente que cae, escindido. FATALITY. Próximo oponente. Shao Kahn, el terror simulado, el devorador de almas, amo del príncipe Goro, fuera del mundo, fuera de la tierra, fuera de las cosas. La vieja batalla ahora resucitada. la posibilidad para Jugador de cambiar el rumbo de su personaje. La extensión de sus dedos en el paisaje virtual, que a su vez reposa en la ladera norte de la montaña exterior, donde se alberga el refugio. Múltiples opciones, ergo suda: juego aéreo, juego bajo, mucho L, combos simples, rapidez, juego aéreo, firmeza, conservar la energía, hacer daño, sólo cuando hay que hacer daño. Cuando un silencio extraño abrazó al refugio que esperaba con ventanas cerradas la nevada del pronóstico. Una montaña que se volcó para sí misma y se derrumbó en una tormenta. El cordón entero montañoso nublado, tanto en Portinari como en Aduana, cuando lo percibió aquel chileno de gorra roja sentado en el cordón de la acequia de la aduana, mientras leía el cartel, somos libres de Mosca del Mediterráneo; y como también en Inari, Lapland, Finland via O Cristo Redentor [v.  (urlm.in/oswz)]. Entonces, una vez más,

nieva en el valle.

.....(en el polvo blanco avanza una pelota de aire).....
(garras de zorros como cuchillas en los charcos).....
.....(pico de cóndor rasca la piedra con la carroña)
.....(se deslizan en hebras de telas heladas las arañas)..
.....(gruñe la trompa negra en la queja del jabalí,
que tira flechas de hielo tras hacer vibrar sus vértebras)

Inmersos en esta colección de bardos deleitables, ¿dónde poner el ojo? Y como sin marcas, vemos las mismas cosas: vemos la nieve y su imaginaria extendida a esta altura en toda la cadena montañosa. La vida se ve reducida acá a unos pocos movimientos, no hay lugar para los problemas de la percepción. Sin marcas, el ojo y el oído buscan movimiento, se calman y agudizan, se vuelven neutros, con tal de poder percibir al menos un viento blanco, alguna pisada. *Esa correntada va para ese lado.* El ojo divaga por entre los picos puntiagudos y los pensamientos reglados que ellos suscitan. Un recuerdo es un holograma entre la galaxia de copos que caen atemporales, un brillo que aparece y desaparece entre ellos. Nace de él... el Chueco Carmona. Nos mira quieto e invoca el movimiento de un posible reconocimiento: cosecha, no, Moyano, no, Colonia, no, Vista Flores... Ahí se asienta la búsqueda y sube por la ruta al Manzano, no, Malake, no, Alto Verde, tampoco. Aparecen serranías. La Pampa del Leoncito llueve sobre los cultivos de secano en Tupungato y conforman así el

Valle que se extiende más allá de la remonta, en las tierras olvidadas y secas de Gendarmería. Para entrar, primero se pasa el puesto y, por un lado, las vacas enrejadas tratan de encontrar algún pasto verde entre las piedras, por otro, los caballos de los viejos se pasean salvajes entre los cerrillos. Suben y bajan, a veces son una manada, y a veces sólo dos coqueteando con el vacío. Las crines chispean sobre la insolada tierra de la siesta, y ahí recién, cuando su fantasma ya hubo desaparecido de nuestra vista, aparece su imagen entre los caballos, rengo, *ṭraŋkəádo* en un poste, abajo de un alero de nylon sostenido por tres palos, que también sirve de techo para un cutre, un tele viejo que es una mesa y tres gallinas. Dice «Au, *ṭanto ṭiempo que no vienh pah'ká*. Ha encontráu señora en la ciudadáh parece». A lo que nuestro hermano, que había caminado por lo del Chueco una y otra vez en busca de huellas: infinitas madrugadas entre la luz baja y la del amanecer nubladas por el ruido del motor y el crujido de las jarillas que, xilográficamente, barrían con la pintura gris de la camioneta marcando su oleaje en color plata *chjiiiiiiiiii*; y habiendo sonreído al ver la luz que desparramó la baba de aquel puestero al escupir la palabra encontráu, su tristeza se volvió riqueza y respondió «Ehhh viujo fieru! Cuándo te vah ponér loh dienteh!... ¿Cómo viene la amansaða? Dali pueh, dame un mate, ¿qué me vah a dejar acá hablandu seco?»

Viajamos en la ruta para abajo, del valle nevado pasamos

al valle verdoso. Brisa fresca, más callado, más despacio, tomando mate, valle nevado. Con calor, ventana baja, escuchando Peteco, valle verdoso. Bajamos por la pendiente adherente del asfalto y las identidades del copiloto se confunden cuando lo veo a la derecha, con la parte del ojo que no ve bien, con los bangs que forman las cimas desparramadas al costado del camino. Y mientras rompe uno me dice ahora llegamos y sabés cómo le entramos a la pata; y en nuestra mente levita y brilla la pata, diez kilos del mejor jamón crudo de la zona, casero, saladito. Me lo pasa, sube las cejas, chupa la bombilla y me dice el otro día tuvimos alto día de spa en lo del clito, nos tiramos al río y después al sol a las piedras, ahora estamos tomando un roncito. Ahora estamos manejando, negro, le digo, y me río, y eso al negro le da risa, y nos reímos mientras el corsa sube y baja los cerrillos, frena, interpreta giros. Se lo paso, nunca se apaga, tené cuidado que te lo fuma el viento, le digo, helada el agua?, le pregunto. «He-la-da». Y en esa salta de atrás el gordo Linares que siempre había estado hablando pero recién ahora se nos aparecía vivo, «turco, vamos pah San Juan!» «Piráaa». Y mientras como justo ahí me lo pasaba como convenciendomé: tenemos faso, birras y frutas en el baúl. Y así partimos para San Juan por la ruta de los cerrillos, por arriba, camino de Ugarteche y llegando a Barrial. Por donde supimos ir aquella vez tres chicas y dos varones en una carpa para dos, cruzando la Pampa

del Leoncito para ver el observatorio. «Este telescopio lo compró Alfonsín y lo instaló Menem», histórico Marito! Y mientras me acuerdo casi me quemo, paso la tuca y alguien habla de la música o de San Juan pero yo sigo pensando en ese fotograma que grabé, cuando mientras dos de ellas miraban sus uñas pintadas insertas en el barro del arroyo, el Clito meaba y la otra se paró rígida bajo la cascada que le movía cada hilo del bikini, y sacudiendo el pelo se clavó en mi memoria. Así hasta que ya pasamos Barreal, y en San Agustín nos paramos porque vendían empanadas. Nos pedimos una docena de empanadas para los tres, y la docena lo fue todo y se expandió confundiéndonos, creando anárquicas categorías, hasta que quedamos saciados abajo del sauce, del otro lado del puente, y nos dimos cuenta que el arroyo estaba bueno. Che, muy bueno el arroyo, dijo el Linares. Alto arroyo, agitó el negro. «Manso». Lo subimos y encontramos un piletón hecho con bolsas de porlan para el veraneo, pero nada más había dos canadienses en carpa. Y seguimos subiendo y encontramos el cactusal. De todos los colores y todas las espinas, enraizados hasta en las piedras. Y otro piletón más, piletón natural. Con cascada propia, agua que corre, distintos pocitos, más alejado, todos los cactus, piletón natural. Ves la ruta, dos canadienses, una carpa, bolsas de porlan, cerca de las empanadas, piletón hecho. Así que allá nos quedamos rompiendo otro tras otro, rompen con todo, rompía el vaso, rompíamos la

empanada a las mordidas, rompían la quietud del aire postrada en los paisajes. Hasta que de nuevo el aire atrajo insectos hasta el parabrisas, significa que seguíamos ruta, para el norte hasta Ischigualasto, pero el negro ya se había perdido en la selva, así que llegamos yo y el gordo nomás, y el fantasma del negro; tr, bueno, más bien el fantasma de lo que era, y de repente cayó un maná. Estábamos ahí nosotros dos y el fantasma de lo que era y cayó un maná, buenas, maná, le guiñé yo, y el gordo me dice ponete ahí, y señaló unos toldos de malla antigranizo, detonados, al lado del refugio de guardaparques, para que no le cayera piedra al auto. Nos paramos, no cayó piedra pero no pudimos poner la carpa. Alto maná, dijo el negro que ya estaba más corpóreo conforme se dentaba la noche, «y, negro?, le pedíh unoh hieloh a loh guardaparques?» Así, fue posible lo impensado y tomamos fernet todos juntos, gendarmes, guardaparques y los tres visitantes más desprovistos. Afuera el río crece y se lleva en su paso arcilla de distintos marrones y de distintas edades. Los que antes eran huecos de arena, cachos abandonados de desierto reseco, ahora son corrientes enormes imposibles de remar. Los guardias se ponen las camperas, se intercambian linternas y pilas, y nos habilitan «vamu' a ver la crecida en la chata, vienh?» Y así fue facto lo remoto y nos subimos en dos Rangers estatales bordeando la crecida, hasta llegar a la explanada de arena que se cortaba al norte por la nieve, en un desierto

blanco, original Tester, bajo la luna refractante, plena, y a los costados por el ruido invisible que las olas hicieron cuando trataron de pasar incómodamente por el caño bajo tierra que los ingenieros, desprovistos para la mutación repentina del clima, habían previsto. Las camperas mojadas relucieron. El brillo, del sol a la luna de la luna a la nieve de la nieve a la campera. El ojo, de la ola a la nieve de la nieve a la montaña. Y subimos el valle en una sola chata. El gendarme desapareció, los guardaparques también, y el turco le dice al picudo que se quedó embarrada, «Otfenta centímetroh 'e baṛṛo tenía. Abajo ñe la rüeda. Y le llamé al Elito que estaba en Tunuján porque ninguno quería ir a cazar, así que noh fuimoh con el negro nomáh». Una tropa inesperada para el Eze. Estampan las estrellas sobre el parabrisas. La cúpula celeste es una cúpula celeste, cóncava de horizonte a horizonte, una media bocha atravesada por la ruta. Hasta la tranquera roja. «Cazaron uno chiquito, no lo pudimos salvar. Se le murió al negro en loh brazoh!» Y encima de las dunas arenosas medio pobladas por matas dispersas, los tres, en busca de la chata, justo cuando amanece y las gorras empiezan a ser útiles. El canguro de tu buzo puede ser una herramienta. Hombres usando manos. Y los negros hicieron un asado, y el turco se fue, hiu, dali, paxíro! vamo'á cazar, paxíro! Y él se fue solo, en verdad en busca de un puestero y un tractor para sacar la chata, de vuelta acá, embarrada. Y los negros se hicieron un asado. Sin guitarra.

¿Sabías, negro, que se me perdió

El Animál

Sin habla, ¿cómo?

Un ritmo que escupe la garganta

hueco

llano

es el fenómeno

se precipita el laleo

se atraganta

Y: acción, saliba, pensamiento

Ladra

Grita

«Animál!»,

lejos

se repite

el eco

del Eze

Lionheart

su voz
dicta y modaliza
Lionbrain,
y se expande.
Jarillas
quiebran
las ondas,
iteran,
Lionwill.
Eze,
qué grande
robaste nafta
del trabajo
y no fue un crimen
te fuiste
hasta el campo del Pepe
y pusiste
tus camperas
en el cerro

a la noche

esperando al Animal

«Animál!»,

ladra

Eze

Lionose

lejos,

gritan

lalan.

El esfuerzo

de sus pies

corre

toma

agua

corre

marca

sus pezuñas

en la arena

corre

zumba

quiebra

ramas

mira nubes

gruñe

(les)

porque

se

mueven

¿por qué?

La vo

lun

tad

del

A

ni

mal.

.calma.

Eze,

Lionding
apaga el filtro
y tira
res-
...-phira
profunda
mata
igniza el motor.
Eze,
qué grande
te recorriste
en la chata
todo el camino
en su búsqueda,
y nada.
ŝsusŝurra
«escucha la chata»
«huele la ropa»
«escucha el motor»

«huele la ropa»

corré,

grita

ladran.

Eze,

amanece

«ya va a aparecer»

y sueña

un descanso

y tiene

una llamada perdida

y sueña

«Animál!»

«Animál!»

Destrezas

lumínicas

del sol

en los párpados

agitan

la pesadilla,
«Animál!»
y sueña
«Animál!»
Eze,
ahí él,
verdadero
fuera de sí
fuera de su dialecto
fuera de las cosas
rebota
su baba
sin riendas.
Eze,
qué grande
te quedaste dormido
y levitaste
y cuando te miramos
nideando

en el asiento del acompañante
nos agitaste
que eras
y nos movimos
de vértebra
a vértebra
como una lata
de aluminio
que gira en unas manos
como un perro
que mojado
se secude.

Y vuelve a sonar

Sin señal. ¿cómo?

Operaciones desconocidas de sus sentidos

percibe lo lejísimos

en lo inmenso,

corre y ladra el Animal

el olor crece, el ojo brilla

felicidad: y

res...pira

Se atraganta:

viento, saliva y admira

y frena,

camina, camina,

lento, lento,

observa observa

huele huele

gusta gusta

su entorno su entorno

y desfila y desfila

leeeeeen

tamente

por el desfiladero

«Animál!»

keep griting,

lejos,

emulan sonidos,

cerca,

Animal.

Sí,

Animal,

qué grande

tus patas

te trajeron hasta acá

y estás sangrando

Animal,

qué grande

querés que ahora la vieja

te cure las almohadillas

«Está acá»

«Apareció»

«Perro culiado»

«¿Dónde?»

«¿Cómo?»

«Voy»

Y saltaron

todos

«ha vuelto»

de alegría.

«Amanece,

Animal»

«Eze»,

amanece,

«Animál!»,

ese,

lejos

lalan

ŝŝ ŝŝ

şşuurra

cerca

gritan

párpados

vértebras

saltos

babas

ladran,

giran

p o r

el

past

o

ab

ra

z

a

dos

Eze
Animál
qué grande!

Luces entre la lluvia. Y los morros. Faros al costado de los morros. Y el corsa que cae por las curvas de los morros. Sus dos micas se pierden en la tormenta, que no lo considera. Apenas, capaz, sea él para el monte un sulki tirado por dos luciérnagas. Más llueve, más crece el mato, que se monta salvaje sobre la ruta que gira y baja una montaña que nunca creyó subir. Gatos pardos, pumas negros parecen bajar traslúcidos del morro, elevando a cada paso el hueso del omóplato. Picos de colores en los pájaros que brillan y desaparecen por entre las terrazas. Pequeñas perdices de plasma cruzan la doble línea amarilla que un Subaru brazuca traspasa, y no deja huella. Días de viaje y cuando la creíamos olvidada aparece de nuevo, reconstituida y modificada, sin dejarse prever: la tierra que se hunde bajo nuestros pies y nos deja en la cima de la bajada. Más llueve

y más crece el mato, como un escenario que sacado de delante nuestro es puesto detrás y vuelve a aparecérsenos. Más llueve y más crece el mato, que ya teniéndonos en su interior nos muestra con zarpadas visuales su coraza, cada árbol, esa bahía olvidada por donde el corsa se desliza, y más allá de la luneta, para atrás, por el espejo retrovisor, donde aparecen delfines lunares que saltan de mota a mota y dejan de lado el fantasmal sendero del asfalto. Todo dispuesto para el ojo que devaga en cada fenómeno que se le presenta como diciéndole, hola fenómeno, cómo va? Mirá que te percibo eh! O, más serio, che fenómeno, yo sé que atrás de vos son todos fenómenos que te alzan para mostrarte como en un scrum, del mismo modo en que ahora lo invento. Y ahí está él entonces, y nada más puede decirse. Fenómeno bailando la danza hipnótica y tropical para la marea de flasheras extrañezas que la retina sin saber razón retiene. Cuando en eso, un espectro verde refusila entre los matorrales y extiende un halo neblinoso sobre la ruta, máxima 20. La sombra dura lo que la luz consiente. Y la velocidad del aire que entraba por la ventanilla también baja, y baja el sonido, y sube ese recuerdo de cuando este viaje empezaba. Íbamos tan lento que le dije al Yamil y a mi hermano que podía escribir un poema en medio del atolladero ese, sin olvidarme de manejar:

Límite,
difuso es.

Al final,
pinturas rojinegras y plateadas
de los techos de los autos
se evaporan
entre los carteles verdes de la autopista.

El caucho de las gomas
repta lento sobre el asfalto poroso
que también hierve y se desparrama.

Los camiones chicos, decía algo así, de los camiones chicos y los camiones grandes, pero la parte que me acuerdo bien es esa, le dije al negro que entonces me podía escuchar. (fletes pequeños y cargas refrigeradas). Qué fácil es confundirse, no? Y entre la niebla, los colectivos al borde de la bahía, Litoránea, que pueden ver un poco más en altura y se aventuran a más velocidad, tirando las enormes hojas de palmera a su paso son medianeras pintadas de cal que ralentan todavía más el paso de los camiones más grandes

Litoránea. Qué utilidad, me dice, no? La de la terça faixa? El camino es cada vez más angosto, pero el presupuesto parece que da para poner un tercer carril en algunas curvas, con el fin de que los colectivos y los camiones conserven su velocidad asignada. Nada por el estilo sucede. Lluve en este descenso en espiral y los camiones con acoplado son serpientes marinas montadas en la rompiente de una ola

que sobrepasan a los Litoránea empapando las ventanas
cerradas de los pasajeros con asiento letra A. Pero ese,
negro, por ahora no es un ejemplo de un buen poema, le
digo. Así que olvidate. Ah, qué fácil, a lo que me responde
y sigue: Turco, no va ahora lo que te mandé? Ahora?, le
pregunto. Ah, ni idea. Subo los hombros y me dice no sé
turco vos sos el que sabe acá. Turco se rinde. Y en este
momento de la memoria, una marea lo nieva y lo empieza
a arrastrar, dejando de lado lo que era para mutar en otra
cosa. Tons, la cresta

La cresta de la montaña

(pensamos).

Y nubes chatas que la cortan como tablas.

El polvo blanco es otra vez

gotas y gotitas que se disipan en la bruma de la marea.

Picos escarpados, nieve que flota sobre las rocas,

y la cresta, burbujas blancas que montan la ola.

Una curva por la gravedad en segundos hecha y deshecha,

otra rígida y cortante, afilada por el paso de los siglos.

¿Son del mismo pintor japonés las dos pinturas?

nos preguntamos

y reímos en el callejón a carcajadas.

El consejo del negro: ir descalzo,

el barro es rojizo y suave.

Las palmeras cortan la sombra

del cerrito que bajamos para llegar a la playa.

Una montaña que no termina en llanura,
y cae directamente al océano,
forma otras.

Lo había visto, sí,
pero no con esta gama de motivos novedosos.
Crece el mato,
una cueva de ramas para alcanzar la arena,
y ahí estamos.

En frente,

La Ola.

Que crece, pasa y revive.

Una LÍNEA, me dice. Y vamos para el mar sin modificar la marcha. Nos hundimos de a poco, la tabla flota, y a la ola la pasamos por abajo. El negro, que tiene tabla, hace el pato, cabeza y después las patas. Yo me hundo, estiro mis pies para adelante y la ola me regresa, tras una vuelta, a mi posición de parado. Un camino revuelto hasta la LÍNEA. Y como siempre, lo-antes-de-la-cosa, o sea, esperar, él sentado en la tabla, y yo que me apoyo en el body y me propulso con las patas de rana. La marea quieta. No se puede diagramar una rutina. Viene una ola suelta, chiquita, en la que el negro entrena, la monta paralelamente a la costa y vuelve. Lo que creo un cormorán negro nos sobrevuela cuando viaja de cerro a cerro, y claro, reconozco un valle inundado en el que estamos esperando la ola.

Llega una serie a la línea.

Elio se eleva

en un pataleo seco por el aire

y doma la madera salvaje

cortando la cresta en dos.

Espuma rebalsa como nieve.

Volvemos a casa y le comento mis impresiones. Particularmente, pensé que el surf era otra cosa. Esas olas están en Indonesia, turco, me dice, en referencia a mis ambiciones. Ahí tenemos que ir. Entonces el viaje de vuelta a casa, mientras el sol caía en Itamambuca fluoresciendo las bananas, fue otro camino hasta Indonesia. Después de todo, también debe ser barro y palmeras. ¿En qué hablan en Indonesia, turco? Es impresionante, le digo, cómo funciona el sentido en el cerebro. De una, me dice, embolado de la elipsis que salta nada, una idea vaga, un hueco vacío de vacío, un concepto que escapó en el humo del fumeta.

Bueno, no es tan así, parece decirme con la excepción en la mano. Jeremy era un fumón máximo y tuvo gran memoria. De una montaña se pueden trazar mapas. Para bajar el cerro Martín, por ejemplo, Jeremy hizo uno, basandose sólo en sus propias experiencias. Está todo trazado, por dónde hay que bajar, por dónde no. Lo mismo con el cerro Tordecillas. Las piedras que quedan descubiertas en inviernos cálidos están marcadas. Jeremy es el instructor más viejo del cerro, ya las

conoce, son siempre las mismas piedras. Y anota también el grado de descenso, el tipo de nieve generalmente. Pero esto es freeride. El mapa sólo sirve para tener un plan. Pero esto es freeride, esto es vanguardia, me responde con la clásica risa. No, claro, el mapa sirve a todos para no morir en el intento, parece decirme. Yo insisto con el esquí de pista, sus fuertes. Un aguacero para apagar nuestros pensamientos. Puntas sueltas de reflexiones se evaporan como la tierra que se desprende del suelo ahora con las primeras gotas de la llovizna. La distancia es corta pero el camino sinuoso. Una ducha. Un arroz. Algo de feijaõ.

La tormenta es inmensa.

Otra anécdota de repente:

de cuando cruzamos la frontera ilegalmente
y pasamos por Río Grande do Sul,
un día y medio de diluvio sobre la soja.

Y sin rayos. Un monte de playa no tiene las mismas tormentas que las Rocosas. Así que decidimos volver a surfar. Y lo que contamos, lo contamos porque vale, y no por lo geniales de nuestras aventuras. Lee el negro en voz alta:

De las extrañezas del fondo marino y de todo lo que ahí vimos contaremos las cosas realmente diferentes de lo que en el mundo ustedes tienen, pero también las similares, porque al fin una cosa no es lo uno sin lo otro, y no se puede aprehender aquello sino porque tenemos esto, para

que afirme que aquello es lo que es. Al mismo tiempo que si comprendemos lo que es esto y sabemos que aquello es aquello (y no esto) más fácilmente podremos decir que lo otro es lo otro, y lo cuarto lo cuarto. Y para aquellos que digan que lo que es no necesita de otra cosa que sea, les decimos sic erat in fati, como lo dijeron los Viejos, pues aunque esto no necesite de aquello, aquello aparece junto a esto y no es decisión de nosotros si lo que naturalmente está junto ha de estarlo o no. Más bien es deber nuestro traer a vecindad lo que sin razón se ha separado. Es decir, aquello que extraña a otro, pues sin ese otro él mismo sería extraño, extraído de su propia selección. De ahí que muchas similitudes nos parezcan extrañas, y que así lo sean. Y esta es la base de todo entendimiento. Así como sabemos que en el uno está lo infinito, que está compuesto de unidades, y por tanto podemos saber que lo uno también se compone de lo múltiple, así como las rocas se componen de partículas que vibran, como hombres en ordenada discusión, y los pensamientos se componen de recuerdos agrupados en conceptos. Así, si desde abajo vemos que todo lo diferente es lo mismo, desde arriba vemos que lo mismo es todo diferente. Que es lo mismo que decir que cada cosa es un compuesto de niveles, y mientras en uno vemos una pura igualdad material, en otro no vemos más que una serie de inclasificables diferencias, olvidándonos por completo del camino que entre aquellos se recorre. Que es lo mismo que

decir en criollo que una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa.

Así que de acá queremos hablarles, acerca de las cosas que en este caso vimos, cuando atrapados por la tormenta después de una aventura de niños que no saben a qué juegan, nos vimos enterrados en el vasto fondo marino. De todas las cosas impensables que vimos mientras descendíamos, diremos en otro momento, porque tanto horror no conviene tan temprano, y si otro lo hizo fue por la maestría de su voluntad, acá más bien conviene a la historia que comience por su comienzo.

Esperávamos una sserie, quedándonos en la rompiente, como una a otra ola se acercaban, y mientras esto pasaba la tercera

además de acercarse se agrandaba, pero de forma nunca antes vista: ni doblaba ni triplicaba en tamaño la primera a la siguiente, sino que crecían tan rápido como los números del Bueno, es decir, en aérea y temible proporción para nosotros que flotábamos en la superficie marina. Cuántos vuelcos dimos y de cómo terminamos donde terminamos nada podemos decir, sólo que cuando uno pensaba que encontraba un hueco de aire, tragaba agua salada, y cuando otro nadaba pensando que lo hacía hacia la superficie, se sorprendía cuando sus garras arañaban el arenoso fondo marino. De cómo pasamos de ese estado a estar fuera,

en una costa, tampoco podemos decir mucho, pues el tiempo que estuvimos allá abajo no es ahora más que una coma en un inmenso texto. Y de los horrores que creímos ver mientras los pulmones se llenaban de agua y el agua mutaba en lava, acercándonos al centro más helado de la tierra, tampoco anunciaremos pronto. Conviene que sin más apresto digamos de lo que vimos, y aunque pueda parecerles que el relato no es más que un ingenio de nuestra fantasía, nuestro mando nos obliga a cantarles lo que fue y será mutante ahora, y si eso no bastara, pues fe bien estima de lo que razón rezonga.

Y acá me puse a la gran gesta. Mundos de colores refulgen entre el azul que se va haciendo azabache conforme la luz se cansa de luchar contra el líquido salobre. Mictófidios que de algún lado reconozco pasan entre nuestras piernas. Son bolas marinas a lo lejos. Y miles de lo que serían estrellitas: radiolaria. Radiolaria en el cielo de abajo. La tormenta que nos trajo hasta acá se mantiene arriba, en las partes más móviles del océano. La quietud permanece en esta cordillera abismal. Un horizonte nuevo, tantas veces deseado. Y mientras el negro empezaba a andar medio nadando medio caminando casi por el fondo, sin pisarlo, yo lo seguía de lado tratando de emular su inédita forma de desplazarse. Cuidado, pareció decirme con el movimiento de cabeza, un cortejo fúnebre. Y cientos de larvas fosforescentes rodeaban

una gran bola luminosa que se apagaba de a poco, junto con la danza de sus movimientos.

Y otra vez en medio de los extraños flashes aparece, indomable, la montaña, que se continúa desde la punta de la pared sur del Aconcagua a través de todo el continente, hacia un lado y el otro, configurando una gran red de picos y valles que gravitan sosteniendo el peso que tienen que soportar. La capa primera del mundo expuesta como una sucesión de rocas por momentos inundada. Las corrientes del fondo marino chocan contra los picos erosionados, casi de arena. Una ola revienta y se reinventa. Lo que vemos: un mapa para trazar. Valles tan profundos que no son más que un hueco sin fin en el relieve oceánico.

«Cómo puede la percepción avisarnos que después de la fosa hay un suelo. Lo que puede existir es lo que ya existe, porque lo semejante va con lo semejante ¿Y también lo nuevo? Que es la ampliación a otras delirantes igualdades. Cuándo distinguir entonces lo viejo de lo nuevo, esa es una historia vieja. Si ahí hubiera hueco lo sabríamos, por razones que son los argumentos de la mente y los fenómenos de las cosas. Y si ni cosa ni argumento aparecen, no queda más que pensar en nada, en ese hueco que creen valle». Cada hombre al nacer recibe un cielo, dixo.

Nuevo y viejo son vecinos
que heredan sus maneras,
uno de otro se altera,
otro de uno se conviene.

Acordate montecino
lo que sigue a lo que viene!

Acordate de las cuevas, sussurra una voz desafinada, de las cuevas de Waikiki, pareció decirnos una fuga de luz que resplandecía sobre un cartílago transparente al que más tarde llamamos medusa, por darle un nombre que conocíamos y al que se parecía. La medusa, aunque aquello no fuera, se movió y con ella se movió también la luz, que en verdad luego supimos golpeaba más superficie acuosa de la que podíamos ver, pero era absorbida por la forma convexa hacia ella que la medusa había desarrollado. Y supimos así por la vista y por su recorrido, que era directo hacia nosotros, como una lupa que quema una hormiga movediza, aunque los ojos, quemados por la sal, estuvieran ocupados tratando de descifrar el extraño lenguaje bailarín del pelágico perdido, que se propulsaba como diablos contradiciendo a placer las profundas corrientes marinas a las que parecía habituada. La medusa se movió hablándonos y se fue, y nosotros la seguimos.

Descendimos de pronto las montañas, que ahora eran nuestro suelo, y lo que vimos coincidió. Miles de puntos celestes fluorescen como estrellas en las paredes de la cueva

submarina. Igual que en Waikiki. Gusanos que brillan forman una ciudad perdida en el fondo abisal. Pienso. Que lo que se acerca, aunque se acerque, nunca es. Y entre las mareas que ahora veíamos a causa de la nueva luz animal, se nos presentó una figura borrosa, y nos acordamos del Chueco Carmona, y le dijimos asombrados, Chueco? Yo soy Matón de Agrigento, nos dijo en el extraño lenguaje submarino de los músculos. Hijo del ecuestre campeón y padre del mágico que trae su firma para ustedes, que la buscaron hace años y en su pluma no pudieron encontrar más que vocablos.

Se equivocan, su mensaje:

Apaciguarás la furia
de los vientos incansables
que sobre la tierra se agitan
y destruyen con sus soplos los campos cultivados.
Y más, si querés,
dirigirás sus soplos en sentido favorable,
y pondrás una sequía tras la lluvia,
y después de la sequía dispondrás de las corrientes
que nutren a los árboles por surcos
y a la mente por sus brisas inaudibles.
Y volverás acá,
con la fuerza de un hombre muerto.
Y desapareció de la marea y nos quedamos como
preguntando de nuevo, pero la medusa seguía hacia abajo,

volviéndose ella también luminosa y dándonos paso. Y mientras nadaba, porque para ella moverse es hablar, dijo algo así como [O.C.[SN-S(s.sust.[SN-N CD+N][SV V])][SV-P NV[SN-PSO Act+N]]], que toscamente optamos por traducir sin saber bien si acertábamos, como la mezcla, meneando todos sus tentáculos uno tras otro, y volviendo al primero modificado por el último, suma de las anteriores modificaciones. Y siguió: lo que se mezcla, quiere decirles, se amiga de algún modo, se hace semejante, así como ustedes deben aunarse con sus campos. Aquel que con amistad semeja es bendecido, así como también el que separa la mala hierba de su junta, es decir, el que con amistad separa, semejando a su vez otros residuos: Dijo y se quedó quieta. Y nosotros nos hicimos señas de lengua pobre pero contábamos con ser viejos amigos, y nos entendimos diciendo, lo que se acerca y se mezcla es lo que es! Y nos reímos, porque las señas de nuestros cuerpos arrugados y el contenido que por ellas existía, existiendo así, nos parecía inaccesible pensando en que sólo salimos por un poco de buen surf, un regalo de las buenas olas. Y mientras pensábamos en lo bueno que estaría un idioma que contuviera en su sola expresión las instrucciones para descifrarlo.

Entonces, la medusa se calentó porque nos vio vanidosos y con un movimiento seco dijo algo así como *huūmmaños* y subió girando sobre su eje tanto que no la vimos más hasta que bajó en picada cortando con las mareas y cayó al

suelo, en una especie de lo que creímos un terrible suicidio submarino. Nos preguntamos qué podríamos haber hecho mal, y automáticamente de la tierra en la que la cabeza de la medusa se hundió, emergieron rígidos sus tentáculos, que mutaban lentamente en alga y nos llamaban hacia su centro. Fuimos temerosos, pero fuimos, y desde su centro salió un cañón de agua helada, un géiser hidrotermal, una columna de burbujas que nos expulsó más allá del piélago, donde caímos, a la sombra, sobre arena frágil. Y sobre qué fue todo eso no nos preguntamos hasta ahora, pues como en nuestra mente no encontraba sitio alguno en el que se sintiera en casa, fue recordada en el caos del olvido hasta que la pregunta creyó hoy ser resuelta en forma de estas imágenes que por oscuras dimos por negras.

Esto se parece a Pareditas, dijo el negro, actualizandomé a lo que pasaba ante los sentidos más externos, alejados ya del mundo mental al que alimentan. La montaña había rotado los puntos cardinales, y la confusión que preñó el espacio fue un dolor de cabeza profundo, como si la mente también tratara de rotar ahí dentro, intentando regular su brújula. La percepción percibe la percepción persigue la percepción. Lo sólido sobresale entre lo confuso. Pielas como costras caminan, escaneadas de lado a lado por la luz solar. Nada visto antes: la arena se parece a la arena verdadera; el viento puede hacernos sentir frescos en medio de la siesta, y aun así tampoco es lo que es. Las palmeras

que dejamos atrás en el camino son ahora pequeños puntos negros en el horizonte, pero en verdad sólo parecían lo que eran, también. La diferencia, primero, creímos estaba en el peso, que nada tenía. Pero pronto pensamos esto, las cosas empezaron a gravitar en su propio orden y el viento fue leve, la arena suave y la palmera pesada. Entonces estaba en el tacto, pensamos, y fuimos a tocar lo que creímos imaginario, y fue real. Pensamos, entonces, en las viejas historias de Beremiz Samir, qué bromas para pasar el desierto. Sólo restaba que concluyéramos en que estábamos en una nueva estadía, y que entonces todo esto en verdad es lo que es, como aquello era lo que era antes, sólo que ahora es otro, todo en conjunto, como en un cambio extrañamente coordinado, como separados por abruptos agujeros negros temporales a los que llamamos revelación e imaginamos como una chispa, pero una chispa de qué? Y las palabras, nudos en la cuerda de la mente, piedras que se acodan en el sendero del pensamiento, ofreciendo asilo y señalando un paso despejado, y así consecutivamente. Y bueno, siguieron entonces ellos dos, y pasaron por pequeños sembradíos a los que, siguiendo aquél nerviosismo, ponían nombres para pasar el tiempo: un hombre que plantó almendras en el surco de una ladera apenas irrigada por un arroyito, dos familias dedicadas al secado de frutos que otras familias les alcanzaban en época de cosecha, tres grupos de jóvenes cazadores. Qué sentido

tiene, preguntó el pequeño, todo este tiempo de caminata. A veces la mente nos juega bromas, dijo Beremiz al rey que acosado por ladrones pedía por asilo al costado del camino, igual que el más común campesino, en un extraño persa ya bastante arabizado. Horas como montes pasaban de rápido a la sierra, y de cerro en cerro como surcos hicimos de sus valles, que los pasábamos de una trancada. Ni mato ni colina, ni chipica ni cortadera, NÑÑÑ dijimos esta vez, cuando nos dimos cuenta que hacía tiempo sólo subíamos y cuando, claro, empezamos a ver nieve en pleno verano. Imponentes, como quien ha pecado y ahora se arrepiente tanto que no puede hacer nada más que mantenerse estático, palmas juntas frente al corazón, una capucha para no ver, ante la fe en el perdón, así aparecen,

los Penitentes,

formaciones meteorológicas bien nombradas, grácil; y nosotros, agitados, los vemos y sonreímos, sólo con la luz de este minuto, que les hace dar la espalda al brillo divino y, al punto en que atardece de este lado del valle, pero no de aquel, que ya quiere asomar, así, con el sol que apunta desde abajo y sólo enfoca la pirca final más afinada del portillo en donde la nieve raspa y se convierte en polvo, dividiendo la luz en una geometría nueva, es decir, en este otro minuto, cuando los penitentes giran errantes como girasoles que orbitan un sistema estelar binario.

Un hogar son cuatro piedras amuchadas contra el viento y un poco de madera de este lado para hacer el fuego. De las manos que crujen como cartón seco, corrugadas por el frío, salen chispas que terminan por encender las ramitas. De a poco sumamos chipica, pasto seco, alguna maderita más grande que logramos encontrar. El fuego osciló del amarillo al rojo hasta encontrar su color estable que degrada del más claro al más intenso, un rojo de pura cepa que sube hasta empezar a separarse de la masa que nuestra visión contiene, y tira chispas amarillas, como también sucede en lo más hondo del principio del fuego, en ese hueco primitivo que supimos generar al acomodar las ramas que primero iban a ser ignizadas y que ahora ya son ceniza, y que ahora es un hueco mental que firme sostiene al fuego, distribuyendo oxígeno y haciendo que las ramas y pastos que vengan después se avengan siempre a esa primera forma, hasta que el fuego muera; ahí, en ese sitio planificadamente misterioso, vemos cómo las cenizas montan brasas, gris sobre rojo de pura cepa, de nuevo, de combustión. Ni rastros del astro en el cielo; las estrellas, como luces de navidad colgando de un cable imaginario, una linda decoración que no ilumina. Oscuridad total de la tierra, y apenas algo para el cielo, diferencia minimal que nos deja distinguir el borde de la gran montaña. Y el fuego, que creció y ahora crean un reflejo en la nieve de los penitentes, que parecen venirse sobre él, convirtiendo a los monjes en una estampida de

zorros salvajes. Y el negro, che, ¿pegó mal ese cardón que nos mandamos, turco, no? Y como de entre la nieve, gravitalmente suave, emerge un polvo de cristales de hielo tan sacado como de una Ejecución de Aurora. Y como de entre esos reflejos refractantes de espejos acuáticos, como la vez que vimos y la que creímos ver al Chueco, como por un coup de algo, una imagen es desterrada de la dendrita más empolvada y se nos incrusta en el centro del parietal, tanto que no sabemos si la pensamos o la vemos: Entre las ramas de los sauces cae la pelusa de la Williams, para los que no saben, una variedad de pera, y en su camino pasa por los rayos que logran filtrarse por el tupido sausal que cubre el barranco, un barranco chico, y el arroyo, que lo cruza oblicuo. A su camino, y rodeando el sausal, una alameda prolija y obediente cruje el cambio de la temperatura, se distiende un rato al sol. Absolutamente domado por la naturaleza, hilachas verdes que caen de su panza, pedazos de óxido salido en donde crece musgo y hongos, maderas de durmiente vueltas tierra, como un gigante derrotado, ahí se postra el puente del tren estatal. Abajo de los verdes, vigas de metal, aserrín de herrumbre, triángulos todavía equiláteros sostienen los durmientes que quedan sin robar. Fáciles de sacar, con tornillos flojos y bordes resecos, todavía cotizan buen precio en el mercado. Esta imagen, aislada tipo espejismo entre los penitentes, más el recuerdo del Chueco, negado a la tercera.

Amanece que no es poco. Es, en serio, este momento este momento. Imaginamos todo lo que nos trajo hasta acá para no volver metro a metro sobre nuestros pasos, y todo parece falso; el Chueco, la iguana del Sócrates, la expulsión del valle de Las Leñas no efectuada (difícil acordarse qué pasó, ahora, rodeado de penitentes, por la mente del patova), lo que nevó, cuando renacieron los zarcillos, el granizo en el pedemonte y el sol en la noche. Y la cima, que lo fue todo desde un principio, desde que estuvo lejos: la vimos como una serie de preguntas que no podíamos soportar y nos mandamos a responder sin capacidad para hacerlo, y acá me puse a la gran gesta! y que ni graben! Desde que el borde de la cima se hizo margen horizontal con el cielo, una línea negra sin interrupciones a la que buscamos nombres en sus distintas fases, en esa parte, mirá, El Campanario, El Teta, brilla atrás de las viñas el Cordón del Plata, la forma tosca del Punta Negra; el borde de la montaña unido a las otras que terminó por delimitar un valle: podemos decir que fuera de ella el valle no es y que sólo se extiende por su cerco, ahhh, y al mirar las formas a las que pusimos nombres volvemos sobre nuestros pasos de nuevo y nada de nada, imposible encontrar un metro tan específico, una piedra inmóvil, un viento sin efectos, ya lo dijeron mejor que yo: área delimitable, perímetro infinito. Y lo mismo pasará acá adentro, sombría cava del cráneo donde la bebida de la mente fermenta ¿Cómo pensar en A si su sustrato sin avisar

muta, mutando los caminos que nos habían llevado a A y que ahora, vistos desde ella, no son más que huellas recién hechas por un pastor joven, aniquiladas por el viento que no encuentra en ellas tradición, calles que topan inconexas? Y aun así dos mentes amigas se encuentran por casualidad en la dimensión desconocida del conocimiento y observan a la par el brillo mineral de la montaña mientras amanece, que no es poco!, le dice una a la otra, que se ríe y en sus dientes brilla el reflejo del reflejo del sol en el mineral y ahí aparece una nueva idea que la otra cree que es Dios y entonces Amor, que por Razón actúa, parece aparecer y entonces no se sabría qué decir en esta Tierra, aislada y vergonzosa, pero como estamos en otra dimensión al final se le lee entre las dendritas: yo soy tu amigo, vos sos mi metáfora, ah re! Lengua que fija y desaparece, vibración de la carne, baile del aire en el hueco de los dientes, que es el huevo de la mente, un eco en el ego de la fuente, eso que nos hace ser como lo que somos, y ninguna otra cosa, no buscarle más pelos a la lengua, ya lo dijeron mejor que yo: ¿qué es lo más difícil del mundo? rasurar un huevo! Y así todas estas cuestiones se terminan por disolver como un granito de sólido soluble en el mar de la bolutrex, en las líneas indomables de la montaña, cuando ya el tuquero viejo quema la mano y me dice el negro che, che, turco! pero qué linda montaña no!? qué linda mañana que se nos viene! Y deja ir el arado mental de su sintaxis, la idea

nueva, y atraviesa todo su cuerpo tibio hasta sus pies que se mecen desnudos en el subibaja que producen las piedras del fondo en el arroyito recién nacido, congelado, hasta que termina en la última mugrecita de los pies, y de ahí sale y se la lleva.

Ahhh, cansado ya, ¿no? Y bueno. Bien. La montaña se desmorona todo el tiempo y sin embargo sigue ahí, cada vez más alta, o al menos eso es lo que imaginamos, entonces, ahora, desde la cima, escuchando cómo el ripio por su propio medio se mueve. Rocas que se ruedan en el viento como por un río, bolas de nieve que estallan en polvo al pensar que podríamos bajar todo este camino recto, esquiando sobre penitentes. Quedamos así, una cosa \wedge otra cosa, o más bien (una cosa \wedge otra cosa) \forall , al mismo tiempo que las dos cosas están bien \cup ; sería algo así, pensamos. Más allá no llego, me dice. Nos reímos. Y entonces desde allá, a lo lejos, la idea que el chasquito acuático hubo extraído del negro elio hace algunas líneas nos grita algo incodificado pero bien se ve que parece reírse también de nosotros y como que nos quiere hacer un guiño, onda ya bajé, y es el punto valletano que conforma. Y ahí es cuando al final de todo el negro, de pie frente y de espaldas al zonda que parece venirse del otro lado del pico, le echa una puteada bien fiera, cortita y cargada, que se va como rebotando entre las paredes de esta cueva gigante y la persigue, y persiguiendolá entonces nosotros también, de un salto y medio al trote, empezamos a bajar.

Este ejemplar se imprimió el seis de Octubre de 2014 en territorio del Barón de Colegiales. Para el caso, invocamos a Armó Daniel y libamos mate mientras cosíamos. Y damos gracias en este colofón a Bodoni y Palatyno por haber inventado tipos tan bonitas; a los hombres que crearon el perfecto parche para Creative Cloud que estoy usando y a los fabricantes del viejo y querido Bookcell y Cromático.

Nº X



FADEL & FADEL

fadelandfadel.tumblr.com
tomasfadel@gmail.com

